

mente millares de casos. Sin embargo, el aseo y el saneamiento, al acabar con los parásitos vectores, lo han casi desterrado del oeste de Europa y de América. El tétano, que aun en las postrimerías del siglo XIX, asolaba los ejércitos, apenas si figuró como causa importante, en la mortalidad de la última guerra, la mayor de todas.

Un hecho epidemiológico de suma importancia fué la reaparición de la peste en el Occidente a fines del siglo XIX, después de creérsela desterrada para siempre al Oriente, lo mismo que el cólera. También causó sorpresa en 1928 el ver alzar de nuevo la cabeza en Río de Janeiro a la fiebre amarilla, que pasaba por haber sido ya controlada en toda Sudamérica. La reciente entrada en escena de dos nuevas entidades, la encefalitis epidémica y la vacunal, ha sido naturalmente motivo de alarma. Tras la Guerra Mundial, al volver los soldados de tierras extranjeras a sus hogares, viéronse aparecer paludismo, helmintiasis y otras infecciones en tierras hasta entonces relativamente indemnes a dichos flagelos, o de las cuales habían desaparecido éstos. En lo tocante a otras enfermedades, lo interesante es el ritmo periódico a que obedecen sus apariciones. Para no ir más allá, las incursiones del sarampión pueden ser predecidas con bastante aproximación, y Rogers, guiándose por los datos meteorológicos, ha aplicado un método semejante a las epidemias de cólera, viruela y peste en la India. Un terreno virgen explica el "prendimiento" de ciertas dolencias. Por ejemplo, un caso de viruela en una población no vacunada se esparcirá como un reguero de pólvora e igual cosa sucederá con uno de fiebre amarilla en una comunidad no indemne, de existir los mosquitos vectores.

Dato epidemiológico de lo más interesante es la relativa benignidad y hasta rareza de la difteria y la escarlatina en los climas tropicales, que algunos autores, como McKinley, quieren relacionar con peculiaridades del metabolismo grasoso, y otros, como Yoyoda, con un desconocido factor hereditario. La existencia de complejos patológicos afines, como viruela (y alastrim) y varicela, sífilis y frambesia, sarampión y roseola epidémica, tifoidea y paratifoidea, tifo y tabardillo, préstase a interesantes conjeturas sobre la modificación de los virus, al ser transplantados a nuevos medios. La sífilis, la lepra, la viruela rara vez revisten hoy día las horrendas formas que el arte ha perpetuado para otras épocas menos privilegiadas.

La epidemiología, ciencia sobremañera práctica y utilitaria, tiene también su fase amena y puramente didáctica.

LA ORFANDAD Y LA HIGIENE PÚBLICA

Todos saben que una de las peores calamidades que puede agobiar a la infancia es el desamparo, inherente a la muerte de uno de los padres. Las funestas consecuencias económicas sociales, físicas y mentales de tal percance son patentes. De perder un niño a la madre, le

faltarán los tiernos cuidados, simpatía y vigilancia que sólo una madre es capaz de prodigar, y de ser el padre la víctima, el hogar se verá, casi siempre, privado de la base económica en que se asienta, así como de la firme dirección e inspiración que aporta el cabeza de familia a sus hijos varones y de la protección que extiende a la familia en general.

Las proporciones que reviste ese mal pueden ser deducidas del hecho de que en los Estados Unidos tiénesse calculado que cada año pasa de 400,000 el número de niños menores de 17 años que quedan sin padre o madre. En 1920 había unos cuatro millones de niños de dicha edad, huérfanos de padre, madre o ambos, y privados por lo tanto de las condiciones óptimas de preparación para afrontar los problemas de la vida.

Hasta esas tinieblas, la sanidad ha llevado también últimamente sus haces luminosos, según ha hecho notar el *Statistical Bulletin* de la Cía. Metropolitan de Seguro de Vida. Numerosos como eran los huérfanos de 1920, la proporción hubiera sido 16 por ciento mayor, de no haber la mortalidad general disminuido en nada desde 1900. El censo de 1930 revelará sin duda otra disminución igualmente consoladora.

En otras palabras, la sanidad, al mermar las enfermedades infectocontagiosas y alargar la longevidad, salva madres y padres para bien de los hijos y de la sociedad en general.

Mientras más se estudian, mayores y más trascendentales aparecen las ramificaciones de la higiene.

LA SANIDAD INTERNACIONAL EN LAS AMÉRICAS

Hace poco, al discutir importante periódico sudamericano un proyecto de código sanitario apuntó con bastante razón el hecho de que, hoy día, todo código sanitario debe revestir cierta índole internacional, a fin de que la profilaxia de las enfermedades transmisibles resulte realmente eficaz y de precaver el empleo de medidas que interrumpen las relaciones entre los pueblos, pues tales medidas, además de presentar carácter bárbaro, no resultan las más eficaces, debido a las inevitables filtraciones a través de todo tabique sanitario alzado entre países.

Buscando, pues, un sistema de coordinación y cooperación conforme al sistema de confraternidad que debe regir entre naciones es que éstas, desde mediados del siglo XIX, han tratado de llegar a acuerdos sanitarios, inspirados en principios científicos, y revistiendo la fuerza y alcance de tratados internacionales.

Los países del Hemisferio Occidental fueron de los primeros en adherirse a tales doctrinas, y desde 1881 no han desperdiciado ocasión de ponerlas en práctica. Las fecundas iniciativas sembradas en Wáshington, Río, Lima y México culminaron por fin en la promul-